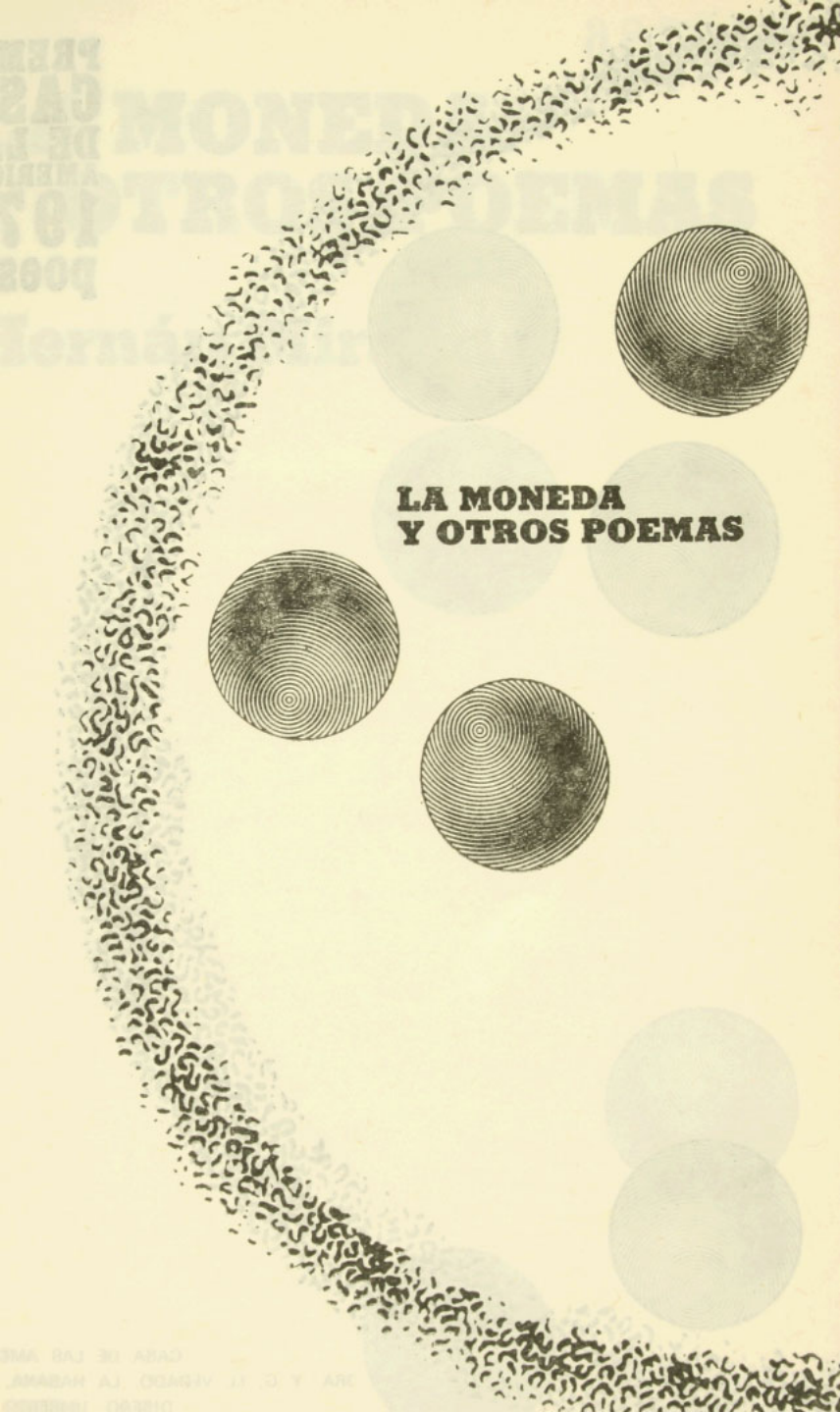
PREMIO CASA DE LAS AMERICAS 1976 poesía

10 (1 X 1 A - 5)

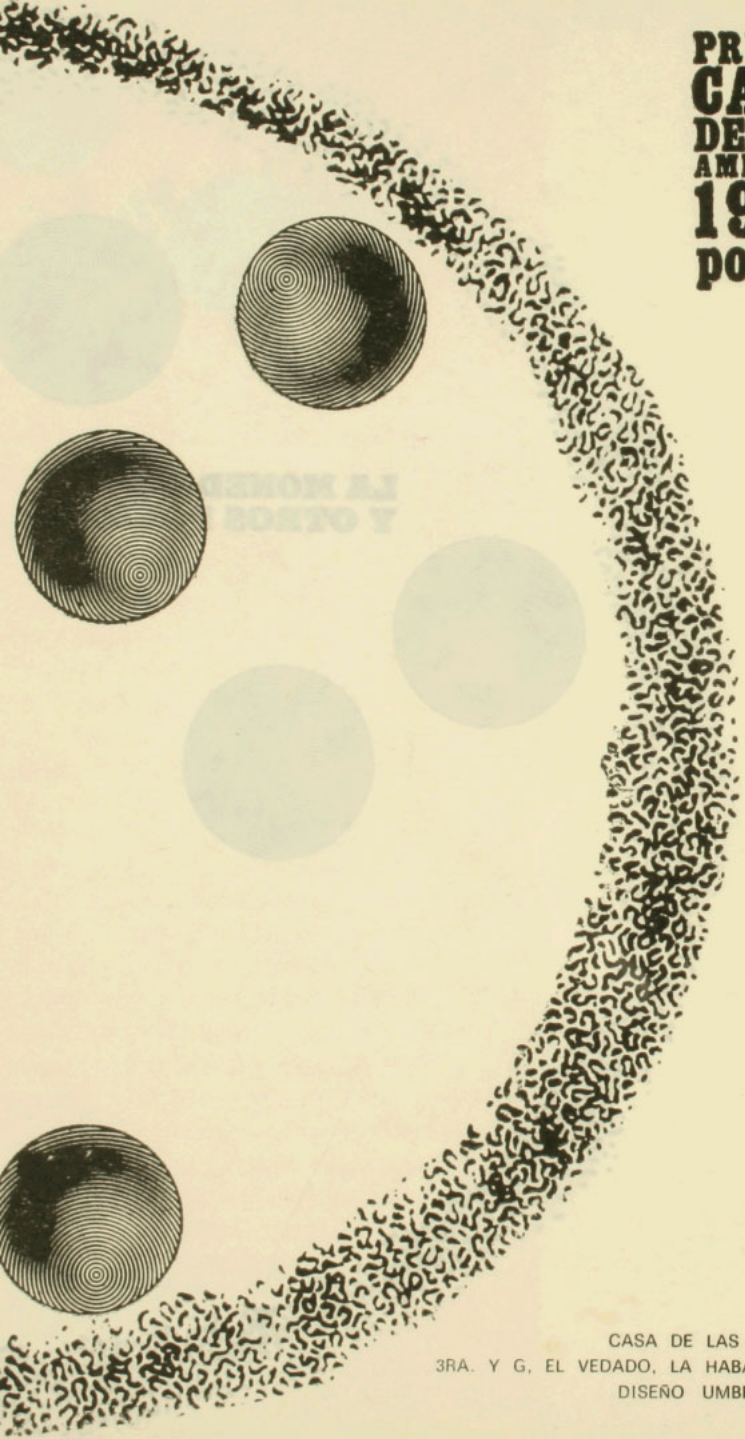
LA MONEDA Y OTROS POEMAS

Hernán Miranda

BIBLIOTECA NACIONAL
0364508


LA MONEDA
Y OTROS POEMAS

PREMIO CASA DE LAS AMERICAS 1976 poesía



CASA DE LAS AMERICAS
3RA. Y G, EL VEDADO, LA HABANA, CUBA
DISEÑO UMBERTO PEÑA

15380

LA MONEDA Y OTROS POEMAS

Hernán Miranda

Para todos los que en mi patria luchan,
duramente, por el triunfo ineluctable
de la libertad

LA ÉPOCA DE LA PODA NOS HA LLEGADO AL FIN

La podadora ha pasado al fin por nuestra calle
Dejando árboles desnudos, un olor a madera fresca
Hojas caídas por donde los insectos
Aún transitan sin comprender.

Dominios de la sierra y la gran tijera de hierro
En adelante habrá que mostrar las heridas
A quien quiera mirarlas, la nervadura al trasluz
Escondidos secretos a la claridad del mediodía.

Es que la época de la poda nos ha llegado al fin
El lento gotear de la savia en la herida
Época de vigilia en este largo sueño
Que tiernos brotes o la acerada hacha
Interrumpirán.

POEMA

Con viejas cartas encontradas al azar
Con fotografías infrarrojas tomadas desde el aire
Distinguirán campos de cultivo sepultados por
la vegetación
Leves contornos de edificios y plazas públicas.

Y llegarán un día viejecillos de pantalones cortos
De ojos afiebrados.
Llegarán con sus picotas, con sus cuerdas húmedas
A abrir zanjas, a buscarte.

Hurguetearán dentro de habitaciones recién
desenterradas
Pasarán por el harnero oscuras arenas.
Harán indagaciones todo el día por el lugar.
Y alguien ha de contar leyendas acerca de un hombre
Parado en una esquina
Con los ojos fijos en una ventana cerrada
Y tiritando de frío al amanecer.

VUELVO TARDE EN LA NOCHE

Vuelvo tarde en la noche a mi habitación
Y es un afiche
Que yo he pegado sobre el muro lo que me recibe.
Y es el tic tac de mi reloj despertador
Junto al lecho
El único signo de movimiento.

Es el impulso que yo le di
Con mi mano derecha dando vueltas a la llave de
la cuerda
Y el reloj aferrado en la izquierda y la esfera
Apoyada en la palma de la mano
Es ese impulso
Lo que lo tiene aún en movimiento.

PARARRAYOS

Hubo un tiempo
En que los pararrayos me tenían obsesionado.

Yo quería poner pararrayos en mi casa.
Yo quería convencer a los demás que pusieran
pararrayos en las suyas.
Yo quería saber cómo se hacía un pararrayos.
Yo tenía pesadillas en que trabajaba en vano por
levantar un pararrayos.
Yo sufría pensando en los pararrayos.

Hasta que un amigo me abrió los ojos.
El pararrayos de Franklin ya había pasado de moda
Y los modernos formaban parte de la estructura de
los edificios.
De modo que mi temor no tenía ninguna justificación
Y mi angustia carecía por completo de sentido.

SIN EMBARGO SE MUEVE

Si extraigo el tapón
El agua del lavabo gira siempre en una sola dirección
Y no en otra.

Y los tacos de mis zapatos
Se gastan más hacia afuera que hacia adentro
Lo mismo que los ríos
Erosionan una margen más que la otra.

Y no hablemos de las canas que encuentro a diario
A ambos lados de la frente
O de las mareas o del cambio de las estaciones.
Lo importante es que la tierra sin embargo se mueve.

TIEMPO DE VEDA

Luego de hablar de la importancia de los partidos
En la Revolución
Y de la necesidad de la militancia y la no militancia
Tú has dormido en mi cuarto
Como una cervatilla en el claro del bosque.

QUÉ HACER

He esperado siete días
Para saber el resultado de una prueba de orina.
Me explico: he orinado en un tubo de vidrio
Para que vieran ahí
Lo que pasaba dentro de mi cuerpo.

He esperado siete días y he hecho larga antesala
Para que me digan: «Puede irse.
No pasa nada. Está sano.
Vea qué puede hacer de su vida.»

LUCES QUE SE PRENDEN Y APAGAN

Justo antes de caer la noche
Diviso una luz roja que parpadea en el cielo
El vuelo recto de un pequeño avión acercándose.
Y de pronto un giro perfecto, un cambio de rumbo
Y el avión que se pierde, rápido y seguro, hacia su destino.
Es que hay invisibles leyes que lo mantienen
Suspenso y moviéndose en el aire.
Invisibles leyes que mantienen a ese hombre
Con los sentidos puestos en los giros del compás
En los movimientos de la aguja del altímetro.
Luces que se prenden y apagan
Desconocidos en el éter hablando una insistente jerigonza
Y de pronto demonios que se cuelan y repiquetean en el cerebro
Viejas imágenes que retornan

Y la ciudad abajo donde un leve movimiento haría
estrellarse
Y una columna de humo negro que se eleva recta
hacia el cielo.
Pero llegado el momento, el golpe justo de timón
Y el giro riguroso de la nave
Hacia su destino.

ANTES DE QUE LAS MANZANAS MADUREN

Todo habría de ser una historia de viejos manzanos
que desaparecían cada día
Y de una ciudad todavía joven que avanzaba
peligrosamente en todas direcciones.

Historia edificante
Especial para ser contada a la hora de las sobremesas
O ser dicha desde el púlpito en el sermón de los
domingos.

Historia de manzanos
Que todavía florecían —blancos— en las primaveras
Y que los pájaros carpinteros taladraban en jornadas
interminables
Y de ariscos muchachos que robaban agrias manzanas
Para luego abandonarlas a medio mascar a la orilla
del camino
Y de guardianes que vigilaban a paso enérgico la
maduración de las pomas

Con escopetas terciadas a la espalda
Y los puños hundidos hasta el fondo en los bolsillos
de las chaquetas.

Aquí no se habla del aroma de las manzanas maduras
Porque él llegaba de todas partes
Ni de los sapos que se reunían por millares al venir
la noche
Y acallaban todo otro rumor
Y eran engullidos por parsimoniosos pavos
Que luego ocupaban su lugar a la diestra misma en
la cabecera de los banquetes.

Pero sólo diremos de los viejos manzanos
Que iban desapareciendo cada día
Ante el paso de las hachas de los leñadores
Y de una madre que concurría a recoger astillas de
manzano
Con sus pequeños hijos
Para hacer fuegos que entibiarían el hogar.

Ah la sabia faena de doblarse en dos
Para entresacar astillas de entre las yerbas húmedas.
Ah las tensas inspecciones en busca de ocultas astillas
Y los escarabajos importunados en su sueño
Y las arañas sorprendidas en sus intimidades
Y correteadas a pocos centímetros del suelo.

Y en aquel lugar no habríamos de encontrar a la
noche rojas manzanas

Asándose dentro del horno con una pizca de
mantequilla
Sino doradas chispas que ascendían hacia el negro
cielo
Y unos niños que sorteaban los fríos del invierno
Arrimados a una fogata.

El resto es una historia de tensos hilos a plomo
Y heridos abiertos en la tierra húmeda
Y mocetones acarreando materiales en pesadas
carretillas
Y albañiles pegando ladrillos concienzudamente.
Historia optimista que a otro cabe contar.

EN EL TIEMPO EN QUE WALT WHITMAN

En el tiempo en que Walt Whitman
Escribía sus «Hojas de hierba»
Mi bisabuelo hacía toneles
Y construyó con sus manos una casa de barro para
40 personas
Y plantó árboles que todavía no dejan de crecer.

Pero mi bisabuelo hacía también carretas y muebles
Y ataúdes a medida para los difuntos del lugar.

Los muertos eran amortajados
Con túnicas negras y capuchas sin hueco para los ojos.
Acompañaban el velorio los fuertes sollozos de los
deudos
Y el martilleo de mi bisabuelo
Claveteando la caja para el amortajado.

INSECTARIO

Yo me enamoré una vez de una muchacha maravillosa
Y los dos preferíamos los vanos de las puertas
Los rincones más oscuros de los cines
De las plazas públicas.
Huíamos de la luz como los fantasmas que éramos
en realidad
Y esperábamos la noche
Y apagábamos todas las luces para hacernos el amor.
Yo gustaba de recorrer todo su cuerpo
Centímetro a centímetro
Como un escarabajo por las habitaciones en tinieblas.
Y ella tenaz y laboriosa como ninguna
Tejía y destejía su tela sobre mis labios.
Un día nos equivocaríamos de grieta
O la luz del día nos ahuyentó en opuestas direcciones
Y nos perdimos de vista entre la multitud.

De ese tiempo
Mi sensación de llevar antenas en la frente

Y los ojos facetados.
De ese tiempo
Mis pestañas sensibles a la luz del sol
Y mi forma de andar
De insecto extraviado entre los hombres.

ASUNTO DE MILLONES

Ésta no es una historia que leerán millones
Pero es sin duda asunto de millones
Haciendo el diario viaje con nosotros
En tren de la gran urbe a un pueblito de las afueras.
Es el diario viaje que no dejará de recordar
Otros pitazos escuchados en mitad de la noche
Y medio a medio de la infancia.
Trenes de carga en un pueblo cerca de la costa
Con hombres condenados a pasar toda la vida
Saltando por los techos de vagón en vagón.
Trenes de pasajeros
En cada ventana la silueta de alguien
Demasiado efímero para dejar un recuerdo
Como nosotros ahora
Corriendo a nuestro hogar
Y mirándonos a los ojos
Cómplices de un mismo delito.

VIEJA UNDERWOOD

Si bien los tipos no pegan todos con igual eficacia
No se puede negar la nobleza de esta vieja
    Underwood.
El trazo de las letras tiende a hacerse difuso
Y en verdad los caracteres
Se saltan de espacio cuando no deben.
Pero es cosa de golpear con fuerza
Y hacer oído sordo
A toda esta crujidera de articulaciones endurecidas.
Es cosa de atender a esos campanillazos de fin de línea
Aunque hayan dejado hace tiempo de infundir
    respeto.

Es verdad que ya no se escucha el graznido de los
    claxons
Y que esos absurdos rieles en medio de la calle
Es lo único que queda de los tranvías.
Es verdad que un *business-man* se reiría a gritos
Un ejecutivo de la *city* rodaría por el suelo

Semiasfixiado apretándose el estómago
Empañaría los cristales de sus lentes, reventado
De risa al verte, vieja Underwood
Sobre la mesa de un periódico
Adonde los obreros van con la ropa de trabajo puesta
A contar sus dolores
Como a la casa de un amigo de confianza.

Vieja Underwood, se te palpa en las teclas
El desgaste de muchos dedos-jornada, sudor-hora
Mucha ilusión-minuto en la lustrosa barra de espaciar.
Quien pulseó el teclado por vez primera
Por ahí ha de andar
En plazas donde las palomas ejercen su dictadura
Un alma en pena por viejos bares
Donde dedos huesudos tamborilean hasta tarde sobre
la mesa.

De hierro eres y en hierro, vieja Underwood
Te convertirás.
Pero estoy seguro, renacerás un día
En otro periódico
Donde los obreros entrarán con sus pequeños
Sonrosados hijos a horcajadas sobre los hombros.

QUE LOS PANALES LE SEAN PROPICIOS

A Julio, ex prisionero del Estadio, ahora apicultor en Valparaíso.

Un enjambre se levanta de las manos de Julio
La dulce miel, la perfumada cera
El néctar del Valle del Paraíso
Dentro de los panales de este Julio
Que ahora duerme en medio del campo
Cuidando sus enjambres.

Julio traslada reinas de panal en panal
Abejas de sus colmenares yendo y viniendo
Por los cerros de Valparaíso.
Julio aísla abejas comunes
Para convertirlas en reinas.
Julio estampa celdillas con un molde
Para ayudar al trabajo de las abejas.
Julio reparte el alimento en las colmenas
Equitativamente.

Las abejas ya picaron a Julio cuarenta veces
Y el veneno de los aguijones
Ahora no puede afectarle.

Que haya siempre más flores
Para las abejas de Julio
Que el néctar se entregue pródigo
A sus pequeñas enviadas
Que sus colmenares crezcan y se multipliquen
Y el veneno de todas sus obreras
Se concentre un día en el cuerpo de los tiranos.

ESTE SEGUNDO HIJO TUYO, ESPOSA MÍA

Este segundo hijo tuyo, esposa mía
Esta segunda esperanza
Esta cosa viva que crece pese a todo allí dentro
Vivirá por el poder sin límites
De este tenaz, exiliado amor.

Este segundo hijo tuyo, grávida mía
No morirá a la quinta jornada
Ni habrá que enterrarlo en un pequeño ataúd blanco
Ni caminar llorando otra vez por entre tumbas
recién abiertas.
Este segundo hijo vivirá y correrá bajo el sol.

Este segundo hijo tuyo
Esta palpitación que pertenece al futuro, vivirá
Porque habrá compartido antes de nacer
Tu fe y la mía
La ternura de un indomable, cotidiano
Sobresaltado amor.

Tenacidad de lluvia o de musgo
Que renace con la primera llovizna
Este segundo hijo vivirá y correrá bajo el sol.

Y aunque no lo quieran los tiranos
Y suenen cerca las sirenas
Aunque las cárceles y los estadios
Los teatros, las escuelas
Se llenen de caras conocidas, todo sirva de cárcel
Y veamos tras las rejas a amigos
Con los que un día uno cruzó una palabra, un saludo
Gritó al mismo tiempo una consigna
Se abrazó en días de júbilo o de luto.
Por esos rostros amigos
Que ahora sólo viven en la memoria
Esa cosa de tu vientre vivirá.

Ese segundo hijo tuyo, esposa mía
Sabrá algún día que nació en tiempos de excepción
Cuando la tortura era una política de Estado
Y el Estado de Sitio un todopoderoso Señor.
Sabrá que su madre lo llevaba dentro del vientre
Y que con él entraban ideas prohibidas
Con la tinta todavía fresca
A lugares donde el control no quería
La vida de las ideas.
Amada mía: tu segundo hijo vivirá
La muerte será vencida una vez más por la vida
Y el hijo de este amor correrá bajo el sol.

AÑO DE GRACIA

Con cuatro tubos metidos en su cuerpo
«Uno para su nariz,
»Otro en la boca,
»El tercero para sus funciones naturales
»Y el cuarto para sacar lo que hay en su estómago»,
A los veinte días del venturoso mes de noviembre
Del Año de Mil Gracias de 1975
Y faltando 20 minutos para las 5 de la mañana en
    Madrid
Ha muerto lo que quedaba de Franco
Mientras en toda España a prisa cantaban los gallos.

LA MONEDA

«¿Cuál era el gran delito de este gobierno lleno de respeto, de mesura y de tolerancia? Gobernar en un sentido de porvenir, que es el sentido esencial de la historia.»

ANTONIO MACHADO

Valencia, 1937

I

La primera vez que puse mis pies en La Moneda
Fue una jugarreta de niño: pasar de una calle a otra.
El Palacio de los Presidentes era un pasadizo solemne
pero divertido.
Si Ud. quería ir de calle Moneda a la Alameda
O si quería ir de la Alameda hasta calle Moneda
Pues no haga rodeos, mi querido amigo
Atraviese La Moneda por dentro y acortará camino.
En una época hubo allí dentro una oficina de correos
Y Ud. pegaba estampillas, sí señor, al lado de un
ministro.

la Morgue
Pero en mi escuela 61 muy próximo al Cementerio
A una cuadra del Manicomio y a dos exactamente de
Vi compañeros míos desmayarse de hambre en la fila
Vi chinches salir por el cuello de mis amigos en medio
de la clase
Y una fiebre pavorosa me envolvió de improviso.
Fui carne de alucinaciones
Y tuve a los siete años la sensación exacta
El contorno cercano de la muerte y la locura.

II

—¿Qué es eso?
—Es La Moneda, hijo, la Casa de los Presidentes.
—Y si soy presidente ¿viviré en esa casa?
—Sí, hijo, vivirás.
Saludaré por la ventana vestido de frac
Y sobre el chaleco negro llevaré la banda de tres
colores.
Los niños de mi edad me admirarán.
Pasearé en un coche negro tirado por muchos caballos.
Mi retrato estará en todos los libros de todos
Los niños de todos los colegios.

III

Tres o cuatro veces
Con mi hermano Hugo nos fuimos caminando hasta
La Moneda
Para mirarla en silencio, para atravesar sus patios
Con los ojos muy abiertos y casi en punta de pies
Y después era obligado el peregrinaje al Museo
Histórico
Y quedarse una hora mirando las armas y uniformes
Los magnéticos trofeos de la Guerra del Pacífico.

Muy cerca de nuestro hogar se estacionaban faquires
Comedores de vidrio molido, de *gilletes* trituradas
con los dientes
Ensartadores de grandes agujas en brazos y mejillas
Adivinos, vendedores de ungüentos y talismanes
Ebrios delirantes, evangélicos que contaban sus
pecados a gritos.

Había locos vestidos con desechos del Ejército
Harapientos veteranos de una guerra perdida
Aferrados a las rejas de alambre del Manicomio.
Locas de gesto endemoniado a poca distancia de
nuestro hogar
Insultando a un ausente todo el día hasta enronquecer.

Mas nada nos producía tanto asombro
Como las idas a La Moneda o al Museo.

IV

Y llegó una noche de júbilo. Un hombre canoso y
pulcro
Habló a los reunidos en la Alameda, enfrente del
Museo
A cinco cuadras de La Moneda, en el epicentro
De las multitudes
Cuando millares de hombres y mujeres
Saltaban, se abrazaban, rodaban por el suelo
En el día primero del triunfo y la esperanza.

Esa noche pensé en España
Me vi de miliciano
Cayendo herido en la primera escaramuza
Y mi madre llorosa caminando a mi lado
Y yo moviendo los labios pero sin poder hablar
Y ella sin verme y ella y todos
Sin saber qué había sido de mí.
«Me sentiré feliz toda la vida
Si él llega a ser presidente por un día

Si reconocen este triunfo nuestro
Aunque sea por una hora
Para que al menos en la historia se diga
Que alcanzamos un día un pedacito de La Moneda.»
Eso es lo que pensé antes de hundirme
En un sobresaltado y denso sueño.

V

Y un día llegaríamos a La Moneda
Como quien entra a una casa recién alquilada.
Palpamos sus gruesos muros de antigua fortaleza
Y sus maderas carcomidas. El Patio de la Fuente
Y los cañones coloniales
Y el Patio de los Naranjos y el más íntimo
Patio de Invierno.
El Salón Rojo solemne como un altar
Y el Gran Comedor y la Galería de los Presidentes.
Cortinajes de brocado, inmensos espejos de marco
dorado
Alfombras, tapices, porcelanas, antiguos óleos
Viejos cofres vacíos.
Todo ardería un día como paja seca que era.

VI

Desde que llegamos
La Moneda no fue más un pasadizo.
Se cerró la puerta de atrás
Por precaución contra los enemigos.
Se abrió la puerta de adelante
Para que entrara gente venida
De pequeñas aldeas que no figuraban en el mapa
Delegaciones de mapuches, de científicos
Gente de mar y de tierra
Pobladores en busca de soluciones
Mineros de ojos semicerrados por la luz del sol.
Y esto es lo importante:
Entraban con confianza
Tranqueando hasta el despacho de ese hombre
Con cara de farmacéutico,

VII

Largas jornadas que habrías de vivir
Entre los gruesos muros del Palacio.
Palaciego este nieto de vaqueros
Y ovejeros de poco hablar.
De capataces de carabina en la montura.
Tu diálogo fue con esa historia
De oligarquías engoladas, de traficantes
Enriquecidos de la noche a la mañana,
De orgullosos hacendados que el día del rodeo
Colgaban la levita para calzar espuelas de plata.

Y allí pudiste mirar con estremecimiento
El texto original de antiguos tratados
De viejos papeles y sellos y rúbricas poderosas.
El poder de la palabra escrita («escrito está»)
Refrendado por el poder de las cabezas
De ganado en pie, de las cuadras de tierra firme
Del oro cortado a cincel por otras manos
Que no entendían de rúbricas ni de sellos
De lacre fundido para siempre jamás.

Pero serías también un testigo
Del estremecimiento de un pueblo.
Ese pueblo que habita una cornisa
Entre altas montañas y un profundo océano.
Ese del hablar muy bajo y los labios casi inmóviles.
Ese que reconoce la venida de un temblor
En la más leve oscilación de una lámpara.

Y pudiste ver a ese pueblo
Marchando en torno del palacio una y otra vez
Rodeándolo, respaldándolo. Herederos al fin
De otros albañiles que otrora levantaron
Esos gruesos muros. Reconociéndose por primera vez
En esos ladrillos hechos por otros hombres
Con la tierra y el agua
Y la paja seca y el fuego lento
De todos los días.

Y estarías allí para ser testigo
De la última de esas marchas.
Los sismógrafos del pueblo oscilando
amenazadoramente.
Con los niños sobre los hombros
Cantando y llorando frente a la puerta del Palacio.
Y allí verías
A ese hombre con cara de farmacéutico
Llorando en silencio y saludando
Mirando a cada uno y saludando y llorando
En silencio
Ocho días antes de consumarse la traición.

VIII

El Palacio de los Presidentes fue primero Casa de Moneda
Y para ese uso fue diseñada por su arquitecto veneciano.
Curiosa comunión ésta del Palacio y el dinero.
Cuando un presidente de ancha frente y gruesos mostachos
Quiso hacer del salitre lo mismo que los ríos
Un bien nacional
Tintineantes libras esterlinas se le atravesaron en el camino.
Tintineantes libras de oro para costear un ejército bien armado
Y millares de muertos que ruedan por el suelo
Y el presidente Balmaceda descerrajándose un tiro en la cabeza
Única forma que encontró para aplacar a tanto saqueador

Y asesino suelto
A la caza de balmacedistas.

Y a su turno ¿los Estados Unidos qué hicieron?
«In God we trust» es la divisa escrita en su dinero.
«Comerciamos en nombre de Dios.»
Pero Dios es «God» y Oro es «Gold» y se confunden.
¿Qué hicieron los Estados Unidos por sus minas nacionalizadas?
Simple y pragmático: fajos de billetes de color de lechuga.
Crujiente hortaliza repartida a todos los vientos.
Periódicos y periodistas a precio de mercado de abasto.
Dirigentes empresarios enlechugados hasta el cuello.
Boicots, traiciones, intrigas, todo empapelado de verde.
Hombres del Norte de cuello blanco y traje oscuro.
Rubicundos como las barras de cobre que habían dejado de manejar
Generales de bolsa de comercio planeando las batallas
Sobre diagramas y cuadros estadísticos
Enviando mensajes por télex, girando órdenes de pago
y órdenes de embargo.
Monederos falsos, se aprontaban
Para la conquista del palacio
Asediado con dinero verde mucho antes del primer pistoletazo.

IX

Ah generales traidores,
Es falso que hayan vencido
Horas y horas disparando
Contra un palacio vacío.

Pero ese hombre canoso
Responde: «Yo no me rindo.»
Le acompañan veinte hombres
Hasta morir decididos.
Le asedian por todos lados
Cinco mil hombres transidos:
Primera vez que combaten,
¡No vayan, por Dios, a herirlos!
Y los aviones disparan
Con todo el poder de tiro
Su fuego que todo abrasa
Contra este magro enemigo.
«Puesto en este trance histórico

Hermanos, esto les digo:
Yo no voy a renunciar.
No renunciaré, repito.
Yo pagaré con mi vida
La lealtad, el cariño,
La confianza que tuvieron.
Trabajadores queridos,
Superarán otros hombres
El gris momento vivido.
Sepan esto que les digo
Que más temprano que tarde
—No es en vano el sacrificio—
Se abrirán las alamedas
Para que el hombre hoy vencido
Construya un mundo mejor.
No es en vano el sacrificio.»

Ah generales traidores,
Es falso que hayan vencido
Horas y horas disparando
Contra un palacio vacío.

X

Calcinados muros de La Moneda,
Ladrillos rojos descubiertos de todo cortinaje y
ornamento,
Los he visto un día entre una muchedumbre
De hombres sencillos con los ojos hundidos
Y eufóricos hombres de negocios
Que extraían balas incrustadas en el muro
Para llevárselas como recuerdo.
Escarnecidos muros de La Moneda, yo he visto
Norteamericanos de traje oscuro y cuello blanco.
Los he visto muertos de risa tomando fotografías
Para su álbum familiar.

Y he contemplado por largos instantes
Aquella ventana donde el médico-presidente
Solía hablar a gentes sencillas, venidas de barrios
humildes.
Sólo el ladrillo había resistido al fuego.

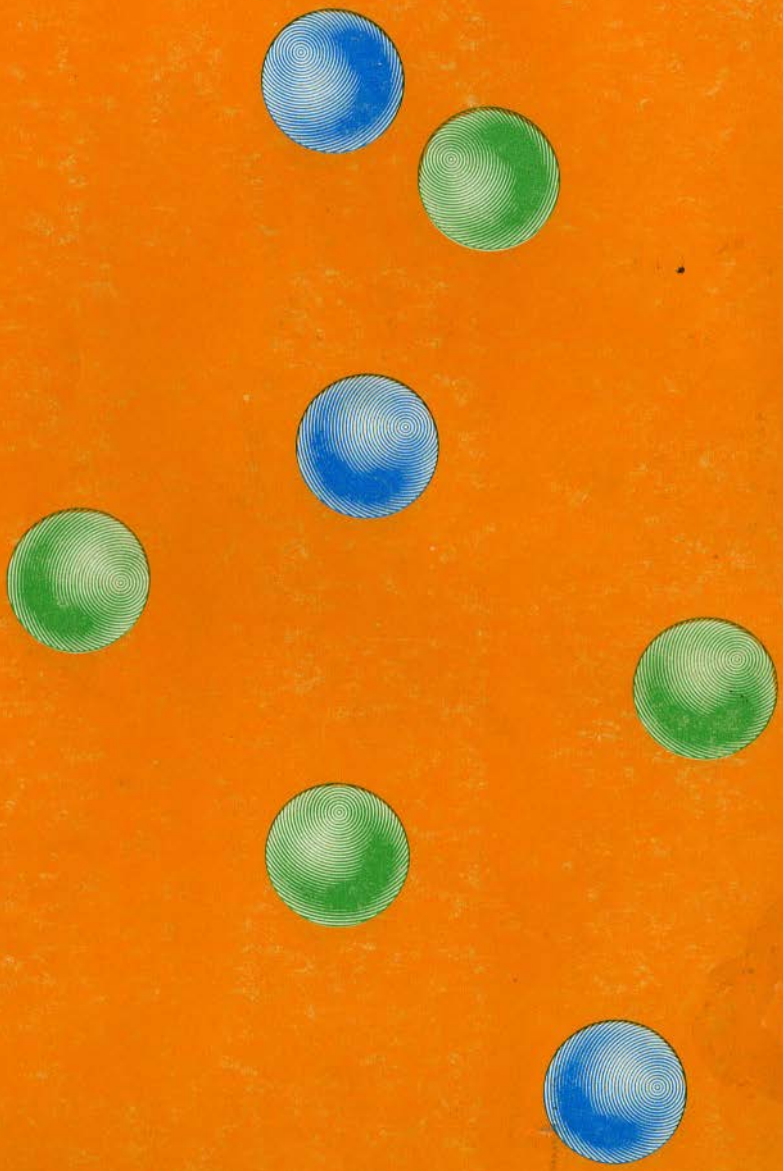
Y allí quedaría en pie, centenario
Esperando que otras gentes ahora desperdigadas,
absortas
Condenadas a un paciente, anónimo heroísmo
Despejaran el camino para el encuentro definitivo
Entre el hombre y su obra.

¡La Moneda en ruinas! En rededor vi hombres y
mujeres
Contemplando inmóviles un fierro retorcido
Una mesa quemada, trozos de espejos ennegrecidos.
Los ojos fijos, el rostro crispado.
Imagen imborrable de la herida dignidad de un pueblo.

ÍNDICE

La época de la poda nos ha llegado al fin	9
Poema	10
Vuelvo tarde en la noche	11
Pararrayos	12
Sin embargo se mueve	13
Tiempo de veda	14
Qué hacer	15
Luces que se prenden y apagan	16
Antes de que las manzanas maduren	18
En el tiempo en que Walt Whitman	21
Insectario	22
Asunto de millones	24
Vieja Underwood	25
Que los panales le sean propicios	27

Este segundo hijo tuyo, esposa mía | 29
Año de gracia | 31
LA MONEDA
I | 35
II | 37
III | 38
IV | 40
V | 42
VI | 43
VII | 44
VIII | 46
IX | 48
X | 50

LA MONEDA Y OTROS POEMAS, de Hernán Miranda, se terminó de imprimir en el mes de julio de 1976, en la Unidad Productora 08 del Instituto Cubano del Libro. Publicado por ediciones Casa de las Américas, República de Cuba.

AÑO DEL XX ANIVERSARIO DEL GRANMA